

LAS INSTITUCIONES FUERA DE LUGAR

Néstor García Canclini¹

Un modo de agradecer es explicar por qué se agradece. Quienes hemos estudiado ciencias sociales y humanidades sabemos que a menudo el conocimiento se cuenta en relatos. No solo en los mitos, las novelas, las películas y las canciones. Las teorías científicas suelen organizar los hechos narrando cómo se estructuran acontecimientos, experiencias e imaginarios, que fundan tanto comportamientos individuales y colectivos durables como su desintegración. Una parte del poder de plausibilidad de las demostraciones científicas depende de que ofrezcan saberes contrastables en bases empíricas y, otra parte, de la persuasión de relatos cuyo resplandor surge al darnos imágenes ordenadas del mundo.

Mis vínculos con Brasil tienen una historia larga y persistente. A los 16 años dejé de ir a la Iglesia Bautista, no solo descreído de Dios sino de la iglesia, esa institución que quería apartarnos del mundo. Fue la edad en que ingresé a la universidad, milité en una agrupación de izquierda y en el Movimiento Estudiantil Cristiano, un movimiento ecuménico que fue un antecedente de la teología de la liberación y tuvo su mayor desarrollo latinoamericano en los años 60 y 70 en Argentina y Brasil. Ya había hecho muy temprano, en la escuela primaria, la experiencia de ser minoría y ser visto como alguien que no pertenecía plenamente a la institución. Durante el primer gobierno de Perón, el único periodo en el que hubo enseñanza religiosa en la escuela pública argentina, los evangélicos y judíos éramos apartados del grupo en esa hora de instrucción católica y llevados a una clase de moral. Alejarme de la iglesia y leer a autores marxistas ignorados en las clases de filosofía de la universidad, hacerlo no en la institución sino en movimientos estudiantiles, también en el MEC, crítico de las instituciones y practicante de modos alternativos de alfabetización en las campañas impulsadas por Paulo Freire, fueron modos de pensar y actuar desde el extrañamiento. Varios viajes a Porto Alegre, Río de Janeiro y Sao Paulo para participar en

¹ Profesor Distinguido de la Universidad Autónoma Metropolitana e Investigador Emérito del Sistema Nacional de Investigadores, de México

congresos del MEC me hicieron incurrir en dos herejías a la vez: aprender a bailar –algo condenado por el puritanismo evangélico- y no tango (que me fue envolviendo como oyente) sino samba y bossa nova.

Advierto, al rastrear en mi currículum los viajes a congresos en Brasil desde los años setenta, que varias ponencias se referían a ese intento de acompañar a las vanguardias artísticas descentradas de las instituciones y conocer los comportamientos de los consumidores. El curso que dicté como profesor visitante durante tres semanas de 1983, en la Universidad de Sao Paulo, invitado por Aracy Amaral al posgrado de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo, se titulaba “Necesidades populares y consumo cultural”: estaba comenzando a descubrir que podían enfocarse de otra forma las políticas culturales si las estudiábamos desde la recepción de los públicos. Aunque una publicación que realicé con el SESC se preguntaba, con título suspicaz, *O que os passaportes representam hoje?*, no dejaban de importarme las instituciones. Por eso, varias reuniones por las cuales fui invitado a Sao Paulo y Porto Alegre, y una que coordiné en Río, auspiciada por la Organización de Estados Americanos, trataron críticamente los enfoques de política cultural del Mercosur y de la integración latinoamericana.

La relación con Brasil ha sido intensa también en el posgrado de antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana, al dirigir, como otros colegas de la UAM, tesis de maestría y doctorado de algunos brasileños que hicieron sus trabajos de campo en Brasil o siguieron mis cursos gracias a las becas sándwich.

Quiero añadir, pese a la brevedad obligada de este relato, a entrañables amigos e interlocutores. Algunos fueron decisivos para impulsar la traducción de mis libros en Brasil, como Augusto Boal, Teixeira Coelho, Heloísa Buarque de Hollanda, Sergio Miceli, Renato Ortiz y Renata Rocha. Recuerdo la frecuente comunicación e intercambio con Antonio Augusto Arantes, Beatriz Jaguaribe, Maria Amélia Bulhões, Gustavo Lins Ribeiro, Antonio Albino Rubim y Regina Silveira que me han vuelto cercano a este país.

Entre las instituciones y las corporaciones

En relación con aquellas exploraciones de fin del siglo pasado entre conocimientos y sociedad, los tiempos han mutado. Experimentamos desintegración, precariedad del trabajo

y del consumo; tránsito de los públicos de eventos institucionales a clientes de las industrias audiovisuales y las corporaciones electrónicas; desmantelamiento agresivo de las instituciones (no solo debido a recortes presupuestales). También languidecen organismos de gobernanza mundial y regional (ONU, OMS, Mercosur) y junto con ellos los acuerdos de convivencia internacional. Desde antes de la pandemia, vienen acentuándose las desigualdades, el desamparo de los débiles, la subestimación política y social del saber científico por muchos gobiernos.

Al mismo tiempo, la emergencia sanitaria y la necesidad de cuidarnos activa movimientos vecinales, nacionales y transnacionales de solidaridad, la imaginación para usar el streaming, el zoom y otros recursos digitales al tratar de reconstruir lo público. Es significativo que, aún quienes no dejamos de criticar a las instituciones y la reorganización corporativa de la vida en común, hemos sido llevados a pensar que una responsabilidad prioritaria hoy es salvar a las instituciones: las universidades, los hospitales públicos, los corrompidos lugares de deliberación parlamentaria y administración de justicia y, por supuesto, las organizaciones de la sociedad civil cuyas trayectorias a veces rehacen la esperanza y otras acaban decepcionándonos. No es fácil situarnos práctica ni intelectualmente en las opciones restringidas que se nos imponen a los que buscamos que siga habiendo sociedad y no solo mercados en pugna. Veo la extrañeza y la expectativa que nos da todo esto condensada en la canción *Paciencia* de Lenine: “la vida no para/la vida es tan rara”.

Agradezco efusivamente al Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Sao Paulo por darme el honor de ocupar la Cátedra Olavo Setúbal de Arte, Cultura e Ciencia y por haber colocado como tema de este año “A Institucionalidade da Cultura no Contexto Atual de Mudanças Socioculturais”. Mis intentos de seguir desde México las inquietantes peripecias de Brasil en la última década, y sobre todo en estos dos últimos años, convergen con las sorpresas que me han exigido revisar lo que creí que debía pensarse sobre los declives de los países donde he vivido –Argentina y México- y sobre la tendencia de tantos otros a convertir las contradicciones en catástrofes. Sí, como dije, mi decepción al trabajar por la transformación de las políticas culturales, me llevó a estudiar las vanguardias y las prácticas de los consumidores, fue porque aposté a que las innovaciones artísticas y conocer

a los públicos podían desburocratizarlas, conectarlas con la creatividad social, con procesos de democratización postdictatorial. En los años recientes, la sumisión consentida de tantos sectores sociales ante el poder político-militar y el avance de las corporaciones electrónicas me impulsaron a escribir el libro *Ciudadanos reemplazados por algoritmos*, en el que un breve capítulo se titula “Aplicaciones vs. Instituciones”.

¿Qué nos conduce a tantos intelectuales, científicos y artistas, que no queremos instalarnos en el desencanto, a buscar aún motivos creíbles para renovar las instituciones políticas, mediáticas y digitales? ¿Con qué recursos comprender nuestras fallas ante una sociedad civil idealizada, las ilusiones sobre el “pueblo bueno y sabio”, que vota contra sí mismo?

Nos ocuparemos este año, junto con Juan Ignacio Brizuela, ganador del concurso para acompañarme como investigador posdoctoral, de estudiar las instituciones públicas y privadas, algunas innovadoras, como los Puntos de Cultura, comparando su desarrollo diverso en Brasil y Argentina, y otras experiencias de institucionalización performativa, abiertos al ensayo con las mudanzas socioculturales.

Cuando ponemos el acento en lo sociocultural es porque, entre centenares de definiciones de cultura, elegimos el conjunto de prácticas simbólicas, ancladas en lo social y económico, donde elaboramos el sentido de la vida en común. Las instituciones culturales y los movimientos sociopolíticos –como los feministas, los de raza y etnia, los de jóvenes- son zonas donde estamos reconstruyendo lo que las oxidadas instituciones han dejado caer, las vías por las cuales ensayamos el sentido necesario para vivir y convivir.

Nos ocuparemos de instituciones y movimientos socioculturales que tratan de construir alternativas a Estados fallidos y comportamientos inducidos por los dispositivos y las corporaciones digitales. Examinaremos sus intersecciones y desencuentros. Un camino puede ser partir de los síntomas. Elijo algunos ejemplos.

¿Qué significa el hecho, en parte positivo, de que en países como Argentina y Brasil, los gobiernos hayan dado ayudas económicas a millones de familias pobres con la condición de que envíen a sus hijos a la escuela? Conocimos en una investigación sobre lectores en papel y en pantallas de hace 5 años a padres, formados en la creencia de que leer libros en papel es indispensable para educarnos, que les pagan a sus hijos por cada libro que leen. En los

meses de la pandemia, el papel de la escuela –oscilando entre los desafíos de la enseñanza virtual, reabrir las para retomar el trabajo presencial o proteger a alumnos y maestros– “prefiero que mi hijo pierda un año y no la vida”, dijo una madre brasileña- exige repensar que es educar, las desigualdades en el acceso, el lugar en la enseñanza de la lectura, las voces y los cuerpos en las instituciones.

En los tres países a los que dedicamos más atención –Brasil, Argentina y México- se han hecho experimentos de entregar a sectores de bajos ingresos o a jóvenes, especialmente estudiantes, vales para comprar libros, DVD, entradas a museos y espectáculos. Cincuenta reales a 17 millones de trabajadores brasileños. En Argentina, en 2018, los ministerios de Cultura y Educación distribuyeron la tarjeta Pase Cultural entre estudiantes y docentes de escuelas secundarias. El gobierno de Matteo Renzi en Italia en 2016 y el de Emmanuel Macron en Francia entregaron “pases cultura” de 500 euros a jóvenes con 18 años recién cumplidos. Ante el descenso de públicos culturales, Harun Farocki propuso subsidiar a los espectadores de salas de cine para garantizar su supervivencia. En varios países se discutió si el Estado debe subvencionar a los espectáculos o a los espectadores, solo la oferta de instituciones públicas o también a las empresas gigantes de Internet, como Google o Netflix.

Estos núcleos de la vida pública y el desarrollo cultural –la escuela, la lectura, la música y el cine- parecen estar en una situación muy desesperada para que aun gente crítica de la mercantilización de los bienes simbólicos recurra a estímulos económicos a fin de salvar sus prácticas. Ante la urgencia de que ciertas actividades creativas se sostengan, queremos entender qué ocurre para que lo que juzgábamos tan valioso necesite respiración artificial, cómo diferenciar instituciones y empresas, si dar protagonismo a las actividades y estilos consagrados estéticamente o a las ofertas que atraen más público.

La pregunta no se dirige solo a las interacciones entre Estado, empresas y la sociedad sino a la forma en que los científicos sociales interrogamos los cambios. Los estudios de públicos de cine demostraron que no se sostiene la idea de que ahora se verían menos películas porque hayan cerrado muchas salas desde la aparición de videocaseteras en los años 80 ni por el cierre de Blockbusters donde se alquilaban dvd, ni luego por las descargas para pantallas. Se modificó el modelo de negocio, como dice el lenguaje empresarial, pero

también el lugar de las salas en medio de la convergencia tecnológica y los mutantes hábitos de los consumidores. En vez de sustitución de las salas por pantallas domésticas hay una reconfiguración del sistema institucional-mediático-digital que varía según los países. En México los espectadores se redujeron a la mitad entre 1976 y 1994. Sin embargo las multisalas quintuplicaron la asistencia en los últimos 25 años, y ahora el país ocupa el cuarto lugar en el mundo en infraestructura y espectadores. Los públicos decrecen en países centrales (Alemania, Francia, Italia) y aumentan en muchos “periféricos” (China, Corea, Polonia, Rusia y Turquía) (Rosas Mantecón, 2017; Domínguez Domingo y Rosas Mantecón, en prensa).

Por otra parte, cuando investigamos los cambios no en la lectura sino de los lectores, descubrimos que no se lee menos que antes, como concluían las encuestas nacionales realizadas en Brasil en 2011 y en México en 2012. Esos sondeos tenían defectos en su diseño: se centraron en la lectura de libros y en comportamientos asociados a ellos; dieron pobres resultados en la asistencia a bibliotecas, la lectura de diarios y revistas, pero no tomaron en cuenta los dispositivos digitales como lugares donde se lee y se escribe. La encuesta efectuada en Brasil en 2011 por el Instituto Pró-Livro define como «Leitor» a «aquele que leu, inteiro ou em partes, pelo menos 1 livro nos últimos 3 meses». El mismo instrumento registra que, entre 5 y 17 años, accedían a Internet todos los días 20% de los entrevistados y 23% algunas veces por semana. Si bien 58% señaló que usa Internet para recreación o entretenimiento, 40% dijo emplearlo para trabajo escolar/estudio/pesquisa y 42% para conocer personas y «trocar mensagens», prácticas que implican leer y a menudo escribir. ¿Por qué desestimar las muchas horas que cada día adolescentes y jóvenes (y un buen número de adultos) dedican a leer y escribir en Facebook, Twitter y en otras redes sociales?

La pregunta de partida de una investigación sobre lectores no debe ser *cuánto se lee*, sino *cuándo y cómo se lee*.

En las competencias entre cultura escrita, mediática y digital la pandemia volvió aún más inciertas las tendencias de los años previos. Se lee más diarios en línea, correos, libros en estos últimos meses en ciertas zonas y niveles educativos. La televisión recupera audiencias. Los servicios de telefonía fija, declinantes desde fines del siglo pasado,

aumentaron hasta 40 por ciento en las grandes ciudades de México y en otros países, asociados a Internet, para realizar desde el hogar trabajos y otras tareas, como la educación a distancia, intercambiar información y productos con los vecinos.

A diferencia del imaginario que atribuyó a los dispositivos y hábitos digitales, en la primera década del siglo XXI, el poder de reemplazar formas anteriores de comunicación cultural, la combinación de soportes durante los meses de la pandemia confirma datos de estudios recientes: la cultura escrita y la presencial son complementarias de lo que hacemos en línea. Se escucha ahora más música en streaming, pero quizá los festivales recuperen el lugar de escucha presencial con otros, tanto los multitudinarios como los de gustos más exigentes. Los jóvenes, y también muchos adultos, no separan tajantemente el tiempo en línea y el tiempo sin conectividad, ni el de estudio del que dedican al entretenimiento. Reconocen su diferencia, pero pasan fluidamente de la lectura en papel al celular, de la búsqueda de información al chateo lúdico (Gerber, y Pinochet, 2013; Winocur, 2015).

Instituciones, plataformas y aplicaciones

Cambiar las preguntas en el proceso de investigación exige replantear qué significa hoy hablar de instituciones culturales. Nadie duda en nombrar como instituciones a la UNESCO, los museos y bibliotecas, las editoriales y librerías, las salas de cine, teatros y conciertos. Pero ¿se puede usar el mismo término cuando buscamos información y entretenimiento en pantallas, cuando whatsappeamos o usamos otras aplicaciones? Las editoriales fabrican e-books y las productoras de cine cofinancian algunas películas con sitios de consumo digital, y sabemos que incluir esas actividades de comunicación electrónica de contenidos modifican a toda la empresa, condicionan en una editorial, por ejemplo, el proceso de producción, la cantidad y calificación del personal que emplean o despiden, las cláusulas de contratación y las expectativas en el mercado.

El título de esta conferencia es un reconocimiento al artículo seminal de Roberto Schwarz, *As ideias fora do lugar*, que me ayudó a repensar las contradicciones de un modernismo sin modernización en América Latina cuando escribí mi libro *Culturas Híbridas*, a fines de los años 80. ¿Cómo fue posible –preguntaba Schwarz- que la Declaración de los Derechos del Hombre se transcribiera en parte en la Constitución Brasileña de 1824, mientras seguía

existiendo la esclavitud? Más que recordar el argumento de aquel texto me interesa recuperar el asombro que el autor de *Ao Vencedor as Batatas* sentía ante los intentos de crear un Estado liberal moderno en una sociedad organizada según la economía del favor. Hasta la letra del himno de la República, escrita en 1890, estaba plena de emociones progresistas pero despreocupada de su sintonía con la realidad: “Nos nem creemos que escravos outrora/ Tenha havido en tao nobre país” (*outrora* era dos años antes, ya que la abolición ocurrió en 1888).

Hace treinta años aquellas páginas de Schwarz me sirvieron para examinar las versiones de esa misma contradicción en otros países latinoamericanos. En 2020 la economía del favor se prolonga en el clientelismo, la corrupción cotidiana y la institucional, pese al cambio de partidos en los gobiernos. Me parece que la autodestrucción de esas instituciones políticas agrava los daños. Quiero incorporar algunos nuevos desafíos de la era digital.

¿Qué significa para la investigación académica el actual escenario de producción-circulación-consumo o acceso a los bienes culturales? ¿En qué sentido Google, Facebook o Netflix podrían ser llamadas instituciones? La investigación durante este año y el curso que planeamos realizar en la Universidad de Sao Paulo en 2021 se ocupará de los procesos de desinstitucionalización de la cultura, como la desaparición de ministerios y otras instituciones públicas dedicadas a gestionarla, la asfixia presupuestal, los movimientos de artistas y gestores en defensa de las instituciones y otras búsquedas de alternativas en varios países latinoamericanos. Es necesario reformular la noción clásica de instituciones culturales en esta tensión con las nuevas formas de producción, intermediación y acceso que impulsan los dispositivos digitales.

¿Qué se ha venido entendiendo por instituciones? Sorprende la casi inexistencia en Google Académico y Academia.edu de textos que reconceptualicen este término. En una búsqueda en diccionarios de sociología y antropología de la cultura, así como de comunicación, especialmente los de carácter crítico, solo en dos encuentro artículos breves sobre instituciones. Pese a haber sido hechos hace más de veinte años, cuando Internet comenzaba a expandirse y no existían redes sociales ni aplicaciones hoy protagónicas en la comunicación diaria, esos dos libros dan elementos que nos serán útiles.

El *Dictionnaire de l'ethnologie et de l'anthropologie*, dirigido por Pierre Bonte y Michel Izard (PUF, 1991) define la institución como “todo lo que, en una sociedad dada, toma la forma de un dispositivo organizado que busca el funcionamiento o la reproducción de esta sociedad, como resultado de una voluntad original (acto de instituir) y de una adhesión, al menos tácita, a su supuesta legitimidad”. Esta definición es laxa porque quiere abarcar tanto costumbres como reglamentos, el matrimonio y la universidad. En el ánimo de abarcar tanto sociedades simples como las que incluyen aparatos administrativos, al englobarlas bajo el término dispositivo, abre la posibilidad de incluir sistemas virtuales, sin edificios ni complejos organigramas. Da espacio para hallar continuidades entre modos tradicionales de organización comunitaria y las formas de institución no física, o no principalmente física, que permiten hablar de comunidades digitales.

El otro libro, *Conceptos clave en comunicación y estudios culturales* (Routledge, 1995; Amorrortu 1997), coordinado por varios especialistas en medios y estudios culturales, entre ellos Tim O'sullivan –que firma el artículo sobre instituciones- las define así: “las estructuras duraderas reguladoras y organizadoras de cualquier sociedad, que constriñen y controlan a los individuos y a la individualidad”. Más adelante destaca “los principios y valores básicos según los cuales se organizan y coordinan *muchas* prácticas sociales y culturales”.

Ambas definiciones, hechas en un caso por un antropólogo y en el otro por un comunicólogo, señalan como rasgos claves lo duradero, la regularidad y la reproducción de la sociedad. Aquí surge la primera dificultad para extender el carácter de instituciones a movimientos sociales que suelen ser efímeros y a dispositivos electrónicos o digitales que desaparecen (o son parcialmente reemplazados: del Walkman y el casete pasamos a Spotify y Youtube, de la radio al podcast). El mundo digital fomenta, en vez de la continuidad, la innovación y la sustitución de comportamientos; de hacer zapping a googlear. La desmaterialización de la cultura propende a que las plataformas o aplicaciones se alejen de la lógica reproductiva de las instituciones.

Este tránsito de la organización física de la vida cultural, en parte coincidente con la globalización y desterritorialización, favorece experiencias que imaginamos emancipadoras. Tim O'sullivan decía, un poco en broma, solo un poco, que solemos pensar

en las instituciones como edificios o sitios que conviene evitar: cárceles, tribunales, hospitales, residencias para ancianos. Podemos agregar la casa familiar y la controladora estructura pueblerina como lugares rígidamente institucionalizados de los que nos liberarían las comunidades transnacionales de consumidores de imágenes, relatos y signos identificatorios, en la ropa o el tatuaje, por ejemplo, pues nos dan una compañía electiva y mutable.

Sería posible hacer una sociología o antropología de las instituciones digitales en tanto éstas, como la familia, la escuela, la universidad y la fábrica, *socializan* (González de Rivera, 2019). Pero también *desocializan* lo articulado por las instituciones clásicas o generan disputas en los modos de interactuar entre distintas generaciones, niveles educativos y por las maneras en que se insertan en las formas comunitarias, urbanas y nacionales que siguen conteniéndonos.

¿Cómo socializan y cómo desocializan las instituciones digitales? Una primera respuesta la hallamos en la centralización global de las pocas corporaciones que controlan la participación en las redes, la sustracción de datos de los usuarios y la intromisión que realizan, mediante el poder que les da la articulación algorítmica de esos datos en las instituciones nacionales, urbanas y locales. La segunda cuestión es qué posibilidad nos dejan de ser ciudadanos al someternos esas corporaciones a procesos mucho más opacos que los de los aparatos gubernamentales de una ciudad o nación.

La fascinación que nos genera Internet como una red “abierta” de interacciones, las ilusiones que engendró como vehículo de democratización, se desvanecieron –sin desaparecer- cuando en la segunda década del siglo XXI percibimos que Google, Facebook, Amazon, Apple, Huawei, y unas pocas más, nos hacen trabajar gratis y comercializan nuestros datos, gustos y opiniones políticas. Apenas estamos comprendiendo en los estudios sobre estas sociedades clandestinas que son las megainstituciones digitales y sobre la capacidad o debilidad política de los movimientos sociales y las rebeliones de los espías (organizaciones de defensa de derechos humanos, feministas, étnicos, la wikipolítica, Telegram, etc.) cuál es la nueva configuración de los poderes mundiales, nacionales y globales.

No puedo extenderme aquí relatando la fecundidad de las investigaciones antropológicas sobre confianza y riesgo en los sistemas expertos. ¿Qué entendemos por sistemas expertos? En palabras de Anthony Giddens, los “sistemas de logros técnicos de experiencia profesional que organizan grandes áreas del entorno material y social en el que vivimos” (Giddens, 1994; 37). (Otro autor clave en esta dirección es Ulrich Beck con sus estudios sobre la sociedad del riesgo, donde el manejo centralizado y escondido es responsable de gran parte de la despolitización de las instituciones democráticas. Destaco la investigación de un grupo de antropólogos españoles, que desarrollan en su libro *La sonrisa de la institución* estudios de campo sobre este proceso en instituciones de su país. Allí retoman algo que Giddens dejó solo como sugerencia para comprender el funcionamiento de estos sistemas abstractos: los *puntos de acceso*, o sea las ventanillas, las salas de recepción, los sitios en que los expertos se muestran a los profanos, eligen modos de hacer presente lo que está ausente, teatralizan la calculada puesta en escena de la institución. ¿Cómo entender, cuando nos tratan como clientes, consumidores, asegurados, usuarios, su reordenamiento de la pérdida de sentido y el olvido de nuestra condición de ciudadanos? Los autores llaman institución no solo a los organismos del Estado sino “a toda agencia formalmente constituida para la persecución de fines a partir de un núcleo de saber experto” (Velasco Maillo y otros, 2010; 18-19).

Deseamos dar importancia a estos enfoques en el examen de instituciones culturales. En cierto modo, todas lo son porque estas reorganizaciones en la relación con los destinatarios son trabajos con el sentido y con el extravío del sentido que abruma a nuestra época. Pero nos especializaremos en algunas instituciones propiamente culturales, desafiadas en sus modos clásicos de hacer y comunicar cultura, por la era digital.

Finalizo con dos breves ejemplos de cómo nos proponemos trabajar en este año en la Cátedra. Juan Ignacio Brizuela propuso centrarse en “o estudo da dimensão territorial dos processos de institucionalização, desinstitucionalização e reinstitucionalização dos pontos de cultura e do movimento da cultura viva comunitária no Brasil, Argentina e México. Busca elencar critérios para aferir grau de institucionalidade cultural destas iniciativas a nível estatal, público, privado e comunitário. Além disso, identificar as formas utilizadas por estes grupos comunitários organizados para interagir com públicos, usuários e

beneficiários seja presencial e/ou virtual ao longo dos últimos anos, em especial a partir da recente crise gerada pela pandemia do covid-19. Finalmente, problematizar até que ponto a desinstitucionalização da cultura pública está relacionada com o enfraquecimento do orçamento e o fechamento de programas estatais, com as privatizações de iniciativas públicas, com a “descidadanização” da política partidária e/ou o deslocamento de instituições culturais por aplicativos ou servidores digitais. Também saber se a irrupção das igrejas neopentecostais poderia configurar-se como uma ameaça para grupos comunitários e movimentos socioculturais independentes na contemporaneidade, sendo aqueles setores religiosos agentes chave na modificação dos processos de distribuição e circulação de bens culturais e das formas de encontro em eventos e locais de sociabilidade cultural”

Por mi parte, coloco ahora a los museos como un ejemplo de mi interés por analizar cómo intentan renovarse algunas instituciones en la era digital. Algunos están ensayando, especialmente en este año de pandemia, después de cierres prolongados y aperturas temerosas, ir más allá de videos interactivos y guías descargables en el iPhone. También trascender el uso de *big data* para conocer a sus visitantes y a los que no van, calcular el tiempo de atención, como hacen las televisoras, las corporaciones editoriales y quienes guían su “política cultural” de acuerdo con las mediciones de hábitos y gustos. Además de que estos cálculos suelen equivocarse por no tomar en cuenta diferencias cualitativas, interesa conocer datos más finos para revisar si los museos y otras instituciones culturales pueden servir para formar ciudadanos que comprendan la interculturalidad, los derechos y deberes de la convivencia, las vías más sutiles para experimentar placer.

¿Pueden los museos, además de ser guardianes de la memoria y promotores de la experimentación, ayudarnos a reconfigurar el sentido de vivir juntos, de las relaciones no mediadas ni construidas adecuadamente por las instituciones, como las que gestionan las migraciones y la solidaridad?

Y un emprendimiento aún más desafiante: las bienales, que la emergencia de salud ha dejado fuera de lugar. Unas 20 que iban a realizarse en 2020 se postergaron. Sin embargo, en Brasil la 12ª Bienal del Mercosur, curada por Andrea Giunta e inaugurada en línea el 16 de abril de este 2020, supo reinventarse: subieron videos con testimonios de experiencias de artistas en aislamiento grabadas en celulares, programas educativos para las escuelas, como

desde hace años tiene este evento arraigado en Porto Alegre. Pero, aunque nunca fue una “bienal airbnb”, visitada como parte de un tour, dice Giunta, ella y su equipo tuvieron que volver a preguntarse cómo hacer irrumpir los núcleos temáticos -los feminismos, la creatividad afrolatinoamericana-, en una plataforma virtual. Los deseos de los artistas por participar no disminuyeron y en las semanas que lleva la Bienal físicamente cerrada se abrieron debates internacionales y cruces imprevistos en el diseño originario.

Andrea Giunta y los demás curadores reaprendieron su oficio. La instalación de una exposición, dice Giunta, supone moverse entre las salas siguiendo mapas e impulsos, y, también, sentir las zonas de contacto entre las obras; el campo magnético de cada obra incide sobre las otras. “Esa particular combustión no puede experimentarse en el mapa de una experiencia online”. Y al revés, “la bienal online permite experiencias que el espacio físico limita”, travesías distintas que pueden ser encaradas por cualquiera, no solo por los curadores. “En la sala las relaciones planeadas para las obras pueden modificarse. En la red, pueden multiplicarse en muchas opciones” (Giunta, 2020).

Sé que no llegaremos a magnos descubrimientos al atender esta invitación de la Universidad de Sao Paulo, este país donde queremos extender a las instituciones y a los procesos de institucionalización lo que ya se dijo, precursoramente, sobre las ideas fuera de lugar; o lo que analizó Flora Süssekind en su artículo “De la sensación de no estar del todo”, donde evoca el retorno de Macunaima a la isla de Maratapé “en busca de la conciencia que allí había dejado y no encontró”.

Agradezco a quienes me convocaron para abrir esta Cátedra, por primera vez a cargo de un latinoamericano, que me estimulen a rehacer la virtud de la antropofagia cultural, el estudio como apropiación creativa de las invenciones ajenas.

BIBLIOGRAFÍA

- Bonte, Pierre e Izard, Michel (1991). *Dictionnaire de l'ethnologie et de l'anthropologie*. Paris: Quadrige y Presses Universitaires de France
- Coelho, Teixeira (2019). *eCultura a utopia final. Inteligência artificial e humanidades*. Sao Paulo: Itaú Cultural y Editora Iluminuras.
- Domínguez, Juan Carlos y Rosas Mantecón, Ana (en prensa). "Transformación de las ventanas y modelos de exhibición de cine mexicano" en *Butacas, plataformas y asfalto. Nuevas miradas al cine mexicano*, Ana Rosas Mantecón (coord.). México: PROCINE.
- Douglas, Mary (1996). *Cómo piensan las instituciones*. Madrid: Alianza Editorial.
- García Canclini, Néstor (2001). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad* (ed. en portugués: EDUSP, 4ª edición, 2015). Argentina: Paidós.
- ————— (2019). *Ciudadanos reemplazados por algoritmo*. Guadalajara: CALAS y Editorial Universidad de Guadalajara.
- Gerber Bicecci, Verónica y Pinochet Cobos, Carla (2013). "Economías creativas y economías domésticas en el trabajo artístico joven", en García Canclini, Néstor y Piedras Fera, Ernesto (coords.) *Jóvenes creativos. Estrategias y redes culturales*. México: Juan Pablos Editor.
- Giddens, A. (1994) *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza.
- Giunta, Andrea (en prensa) (2020) *Pensar todo de nuevo*.
- González de Rivera Otoumuro, Javier I. (2019). *Sociología de las instituciones digitales: El estudio de la economía colaborativa*. [Monografía] <https://eprints.ucm.es/58000/1/T41500.pdf>
- Schwarz, Roberto (1977). "As ideias fora do lugar". En *Ao Vencedor as Batatas*. Duas Cidades: San Pablo.
- Süsskind, Flora (2000), De la sensación de no estar del todo, en Amarante, Adriana, Garramuño, Florencia, *Absurdo Brasil. Polémicas en la cultura brasileña* (pp. 19-44). Buenos Aires: Biblos.
- O'Sullivan, Tim, Hartley, John, Saunders, Danny, Montgomery, Martin, y Fiske, John (1997). *Conceptos clave en comunicación y estudios culturales*. Argentina: Amorrortu.
- Pinochet Cobos, Carla (2016). *Derivas críticas del museo en América Latina*. México, Ciudad de México: Siglo Veintiuno editores.
- Rosas Mantecón, Ana (2017). *Ir al cine. Antropología de los públicos, las ciudades y las pantallas*. México: Gedisa y UAM Iztapalapa

- Velasco Maíllo, Honorio M., Díaz de Rada, Ángel, Cruces Villalobos, Francisco, Fernández Suárez, Roberto, Jiménez de Madariaga, Celeste y Sánchez de Molina, Raúl (2010). *La sonrisa de la institución. Confianza y riesgo en sistemas expertos*, Madrid: Editorial universitaria Ramón Areces.
- Winocur, Rosalía (2015). “Prácticas tradicionales y emergentes de lectoescritura en jóvenes universitarios”, en García Canclini, Néstor (coord.), *Hacia una antropología de los lectores*. México: Fundación Telefónica, UAM y Ariel.